

# LA HERMANDAD DE LAS BRUJAS DE CARMAN



CROSS  
BOOKS

E. LATIMER

LA HERMANDAD  
DE LAS  
BRUJAS DE CARMAN

E. LATIMER

CROSS  
BOOKS

CROSSBOOKS, 2019  
www.planetadelibrosjuvenil.com  
www.planetadelibros.com  
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Witches of Ash and Ruin*  
© del texto: E. Latimer, 2019  
© de la traducción: Víctor Ruiz Aldana, 2019  
© Editorial Planeta S. A., 2019  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona  
Primera edición: junio de 2019  
ISBN: 978-84-08-21086-3  
Depósito legal: B. 9.589-2019  
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).  
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

# DUBH

La mejor manera de cazar a una bruja consistía en buscar patrones de tres.

Tres piedras colocadas en un sendero agreste y descuidado. Tres chimeneas que enviaban sendas columnas de humo danzantes al cielo despejado. Tres puertas que precedían al santuario interior, cada una con un conjuro más poderoso que la anterior. Encuentra la casa de los treses y darás con la hermandad.

Dubh llevaba días viajando. De hecho, había estado a punto de pasar de largo. El mapa turístico que llevaba estaba cargado de chinchetas de colores que señalizaban cada parada —«¡Besa la piedra de la elocuencia!» «¡Visita el Parque Nacional del Legado Irlandés—, pero aquel pueblucho no merecía ni que lo mencionaran. Pasó por alto el letrero de OS DAMOS LA BIENVENIDA A CARMAN, a punto de seguir adentrándose en el condado de Wexford. A punto. Algo se revolvió en sus adentros al alcanzar las lindes del pueblo, un doloroso tirón en el estómago. Dio media vuelta con el coche de alquiler y siguió hacia donde lo dirigía aquella sensación por una tortuosa carretera secundaria que serpenteaba a través de interminables campiñas verdes, y que lo condujo a una

entrada en medio del bosque. Y allí estaba. Una granja con tres chimeneas retorcidas y las ventanas cerradas a cal y canto frente a la oscuridad del bosque.

El cazador de brujas observó el lugar. Había algo antinatural en lo tranquilo que estaba: el tipo de quietud que se reserva a la muerte o bien a las aguas muy profundas. Apoyó la espalda en uno de los robles que bordeaban el camino de acceso, con un cigarrillo humeante entre los dedos. El ascua naranja brillaba en la oscuridad y enviaba su propia espiral de humo al aire. A sus pies, unas cuantas colillas esparcidas por el suelo.

El contacto con el roble lo ayudaba a tranquilizarse, a sentirse conectado con algo superior.

Sabía por qué lo habían avisado. Había demasiadas brujas tratándose de un pueblo tan pequeño. Se estaban reuniendo.

El móvil le vibró con fuerza en el bolsillo, y Dubh cerró los ojos. Se acercó el cigarrillo a los labios y le dio una calada. *Aspirar*: le ardían los pulmones y se le llenaban de fuego. *Exhalar*: echaba hacia atrás la cabeza y dejaba que el humo se mezclara con la brisa. Sabía quién lo llamaba.

El teléfono volvió a sonar.

Sus hermanos estaban en el pueblo y no tardarían en unirse a él tras años de recuerdos difusos, a caballo entre el sueño y la vigilia, tanto que no tenía claro que fueran reales. Y, sin embargo, no tenía intención de hablar con ellos antes de tiempo.

Las manos siguieron donde estaban, y el teléfono dejó de sonar.

Dubh observó la casa. Pasaron los minutos. Las moscas y el humo le daban vueltas alrededor de la cabeza y le dolía el brazo izquierdo. Al mirar abajo, vio los cuatro rasguños que le recorrían el antebrazo.

Hasta ese momento, todas las mujeres le habían hecho sentir lo mismo; no habían sido más que un gozo pasajero. Le habían despertado sentimientos, pasión y virtud. Su forma de mirarlo, aquellos ojos oscuros, los rostros pálidos. El cabello entre los dedos, los gritos en los oídos.

Lo de aquella mañana lo había saciado temporalmente, pero no había nada que lo satisficiera del todo. No sabía qué era lo que buscaba. No lo recordaba.

Hasta ese momento.

Había algo de bruja en todas las mujeres, pero no todas las mujeres eran brujas.

Aquel no era el caso. La casa emanaba oleadas de poder. Le erizaba los pelos de la nuca y le ponía la carne de gallina en ambos brazos.

Aquellas brujas serían el primer reto real en muchos años.

Se pasó la lengua por los dientes, y sintió el filo del colmillo derecho.

No, todavía no. Esperaría un poco más.

Atendería primero al resto. Tenía la espada preparada; *Matabrujas* volvería a probar la sangre. Regresaría en unas semanas. Se abriría paso por la segunda puerta, la del hierro curvado rematada por unas afiladas garras en la parte superior. Algo en lo que pensar; algo para que los días pasaran más rápido.

Siempre dejaba lo mejor para el final.

# DAYNA

Eran las dos de la tarde y Dayna Walsh, en mitad de una clase de física de partículas especialmente monótona, estaba a punto de tener una crisis de ansiedad.

Empezó como siempre: un ligero cambio en la atmósfera a su alrededor; sutil, pero suficiente como para que tuviera que contener la respiración. De repente, ya no podía pensar en nada más.

Sentía una presión en el pecho, y apretó los dedos contra los bordes del pupitre, inclinándose hacia delante y concentrándose con furia en la pizarra. En clase, el TOC podía convertirse en un infierno. Sin nada con qué distraer la cabeza, era muy fácil caer en una espiral obsesiva. Tenía que centrarse en la respiración al entrar y salir del cuerpo.

Oía la soporífera voz del señor MacCabe de fondo y el chirrido del rotulador sobre la superficie de la pizarra. Las uñas acrílicas de May Brennan golpeteaban con suavidad las teclas del móvil mientras enviaba mensajes, uno tras otro. Samuel, el ex de Dayna, estaba recostado en el pupitre; el pelo moreno le tapaba los ojos.

«Uno. Dos. Tres. Mierda. He dejado de contar.»

Dayna se aferró al colgante que pendía del collar y dejó

que las puntas de la cruz de Santa Brígida se le clavaran en la palma de la mano.

«Aquí no. Aquí no. Aquí...»

La clase se oscureció de súbito, como si las nubes hubieran tapado el sol. Pero con mucha menos luz.

Dayna frunció el ceño y se volvió hacia la ventana. Más allá del patio verde de la escuela, el cielo estaba totalmente lleno de motas negras. Aquella nube de... ¿insectos? ocultaba parcialmente el sol

La clase empezó a murmurar. Todos miraban por la ventana.

—¿Qué es eso? —gritó May Brennan desde la silla. Su deslumbrante móvil rosa cayó sobre el pupitre con un golpe seco.

—Pájaros. ¡Son pájaros! —respondió alguien un segundo más tarde.

En ese momento los vio, como si aquella revelación le hubiera aclarado la vista. «Bandada» no era la palabra adecuada, había demasiados. Era una nube de tormenta que se acercaba y proyectaba una sombra que cubría toda la escuela.

Todos se quedaron inmóviles a medida que se aproximaban.

Dayna cada vez percibía más detalles. Una nube de plumas negras como el carbón y garras extremadamente afiladas.

Estaban demasiado cerca.

Los graznidos amortiguados de las aves los alcanzaron a través de las ventanas justo antes de que ocurriera, y alguien tuvo el sentido común de gritar: «¡Al suelo!».

Hubo una rápida sucesión de ruidos sordos, provocados por los cuerpos emplumados que golpearon las ventanas.

La conmoción hizo que Dayna se quedara paralizada. Sentía cada impacto en las plantas de los pies.

El sonido de cristales rotos la sacó del letargo, y se abalanzó hacia el pupitre cuando una masa de plumas del color



del humo se precipitó hacia ella. Se arañó los pulpejos al chocar con la moqueta, pero apenas percibió el dolor. Desde allí podía ver las piernas de May y oír sus gritos. Sus compañeros iban cayendo al suelo mientras las aves les arañaban el rostro, ahora ensangrentado, y las afiladas garras se les enredaban en el pelo y les rasgaban las camisetas de diseño y las sudaderas.

Algo golpeó su pupitre con un golpe seco y Dayna retrocedió. Se dio un golpe tan fuerte en el codo contra la pata de la silla que pudo oír cómo le crujía; el golpe la había dejado sin aliento, y estaba parpadeando para evitar las lágrimas cuando vio otro pájaro rebotar contra el pupitre contiguo.

Samuel apareció de repente, de espaldas al caos del que la intentaba proteger, y Dayna notó el calor de su brazo contra la piel. Tenía los ojos muy abiertos y se estaba tapando la boca con la mano. La agarraba muy fuerte del brazo, pero ella no hizo ademán de soltarse.

Algo se estrelló contra el suelo a su lado y dio un respingo, lo que casi hace caer a Samuel.

Había una corneja en la moqueta.

Bueno... no era una corneja, pensó. Era demasiado grande.

Era un cuervo.

El ave, con el pico abierto por el dolor, agonizaba y batía las alas. Le sobresalía del pecho un trozo irregular de cristal, que brillaba bajo la luz de los fluorescentes. Los pequeños ojos negros y brillantes observaban a Dayna entre parpadeos. Parecía imposible que pudieran centrarse en ella, pero el ave permanecía con la mirada fija en su rostro, brillando con una inteligencia que hizo que se le revolviera el estómago. Ejecutó un último movimiento brusco con el pecho y se quedó inmóvil.

Acto seguido, el aula quedó sumida en el silencio. Algunos estudiantes habían huido, mientras que otros se habían

quedado hechos un ovillo bajo los pupitres. La mayoría de los cuervos parecían estar muertos o agonizando.

Dayna se movió lentamente para mirar de cerca el ave que descansaba a sus pies.

El cuervo no había apartado los ojos de su rostro. No hasta que perdieron el brillo y tuvo un espasmo antes de quedarse rígido. A Dayna le temblaba la mano mientras la acercaba al pecho del cuervo, por encima del cristal que seguía allí clavado.

Había cierta paz en la muerte, y una extraña elegancia. Largo y brillante, con plumas negras como el carbón. La manera como la había mirado... parecía que hubiera querido decirle algo y que no hubiese tenido la oportunidad.

Empezó a sentir el hormigueo de las lágrimas formándose en los ojos. Sabía que era una estupidez, estando Samuel delante, pero aun así juntó ambas manos en el aire por encima del ave. Las retiró y formó una T ante su corazón. El símbolo de la espada de guerra.

Los cuervos eran criaturas de Morrigan, y una bruja no podía permitir que sus almas se extinguieran de esa manera, solas y aterrorizadas.

Dayna se quedó junto al cuervo, con las rodillas pegadas al pecho y luchando contra las lágrimas.

Se dio cuenta de que llevaba mucho rato sin pensar en su respiración, y el mero pensamiento casi le provoca una carcajada que a todas luces habría sonado histérica, pero la impidió.

No dejaba de pensar en algo y, por extraño que pareciera, no podía evitarlo.

«¿Qué querrían los cuervos?»